

CONVERSACION CON CLAUDE LEVI-STRAUSS

L'express. Usted es uno de los más grandes etnólogos actuales, así como el fundador de la antropología estructural. ¿Considera usted que las ciencias humanas son ciencias?

C. Lévi-Strauss. Yo no sé si hay que lamentarlo, pero, en todo caso, están lejos de ello! Las ciencias físicas y naturales han alcanzado ese estado logrando para cada tipo de problema, aislar un pequeño número de variables significativas en el seno de fenómenos muy complejos. Nosotros los de ciencias humanas o pretendidas como tales, quedamos aplastados, sumergidos por el número de variables que en nuestro caso es, al comienzo, incomparablemente más elevado. Por otra parte, la ciencia estudia objetos, y es particularmente difícil al hombre aceptar ser un objeto para él mismo haciendo abstracción de su existencia como sujeto, puesto que es a la vez lo uno y lo otro.

Se puede prever que en el progreso de las ciencias humanas, éstas mucho más que sus hermanas chocarán siempre con esa antinomia irreducible.

L'Express. ¿Qué sentido le atribuye a sus investigaciones?

C. Lévi-Strauss. Lo que se llama estructuralismo constituye precisamente una tentativa en algunos campos limitados para evitar ese doble obstáculo. El estructuralismo tiende hacia la objetividad considerando preferentemente unos fenómenos que se elaboran fuera de las ilusiones del pensamiento consciente, y para los cuales es posible no retener sino un número relativamente restringido de variables capaces de explicar las diversas formas que los mismos fenómenos revisten en diferentes sociedades.

Pero procediendo de esta manera, no se puede sino esperar comprender un poco mejor lo que quedaba hasta ahí incomprensible. Y tratar de comprender, es el único medio de aburrirse menos en la existencia. Ahí está nuestra mejor, tal vez nuestra única justificación.

L'Express. ¿Qué piensa de la moda del estructuralismo?

C. Lévi-Strauss. Uno se siente siempre un poco divertido y halagado de la atención que se le dispensa, aun si es irritante ser solicitado por tanta cantidad

de cosas que no tienen razón de ser, como: formular un mensaje, elaborar una filosofía, cuando mi intención era consagrarme a tareas discretas y artesanales.

Además la moda momentánea del estructuralismo ha desviado ciertamente la intención de éste. En lugar de tratar metódicamente el sentido propio detrás de las metáforas de las elaboraciones, se han creído con poder y autoridad para sustituir indefinidamente metáforas por metáforas. De aquí nació lo que yo llamaría un estructuralismo ficción.

No hay que sorprenderse. En París las tertulias de café son extremadamente bulímicas, y necesitan nuevo pienso cada cinco años. Desde 1968, el estructuralismo pasó de moda y está muy bien así.

L'Express. ¿Para usted mayo 1968 cambió alguna cosa?

C. Lévi-Strauss. Poca cosa en el plano práctico, porque desde hace ya muchos años, mi laboratorio funcionaba democráticamente en asambleas en las que todas las decisiones se tomaban por el conjunto de los miembros. En un plano más teórico, esos acontecimientos aparecieron para mí como un signo suplementario de la disgregación de una civilización que no sabe siquiera asegurar lo que las sociedades sin escritura *tan bien saben* obtener: la integración de las nuevas generaciones.

L'Express. ¿Y para el estructuralismo?

C. Lévi-Strauss. Ahí, sí. En los meses que siguieron me dí cuenta claramente que la prensa y lo que se llama el público culto, que habían saludado en el estructuralismo —sin razón— el nacimiento de una filosofía de los tiempos modernos, se apartaron de él bruscamente. Es verdad que la juventud de mayo se reveló muy alejada del estructuralismo; mucho más cerca, aunque sea una cosa vieja, de las posiciones definidas por Sartre después de la guerra.

L'Express. ¿Hay una profunda oposición entre el estructuralismo y el existencialismo?

C. Lévi-Strauss. Hay una diferencia fundamental en la manera de aprehender los fenómenos humanos que el estructuralismo trata de captar más acá de la conciencia que se tiene de ellos escogiendo como campos de estudios privilegiados series de hechos muy menudos y desprovistos de implicaciones prácticas, al menos aparentemente. Por el contrario, el existencialismo se sitúa de una vez en el nivel en el que las conciencias particulares piensan el mundo, y donde los individuos viven en función de su historia personal y de su inserción en una familia, una sociedad, un momento determinado de la historia.

Pero detrás de esa oposición se esconde toda clase de malentendidos. Se ha querido ver en el estructuralismo un cambio radical de perspectivas morales y aun metafísicas, mientras él se reduce a lo que en jerga filosófica yo llamaría una actitud epistemológica frente a fenómenos no necesariamente humanos. Esta actitud es muy antigua; se remonta probablemente a Goethe.

L'Express. ¿Por qué?

C. Lévi-Strauss. Por sus trabajos de botánico que le inspiraron la idea de tratar las especies vegetales, menos como entidades irreducibles las unas a las otras que como transformaciones que explican cada una a su manera, por la forma particular de sus hojas o de sus flores, una verdad fundamental y común en el conjunto del mundo vegetal.

Dicho de otra manera, en lugar de tratar las cosas como realidades aisladas, desplaza la atención sobre las relaciones que las unen porque esas relaciones son frecuentemente más sencillas y más inteligibles que lo que se quería describir y explicar.

L'Express. Usted es agregado de filosofía. Habiendo recibido una formación de filósofo, ¿por qué se volvió etnólogo?

C. Lévi-Strauss. Yo no soy el único en ese caso, y era muy normal en esa época, pues la etnología no era enseñada como disciplina de pleno derecho. Repetir año tras año el mismo curso me pareció pronto insoportable. Además tenía deseos de ver el mundo...

Me fui al Brasil como profesor de sociología (que en esa época hacía parte también de la filosofía) en la Universidad de São Paulo. Era a comienzos de 1934; tenía entonces 25 años.

Después de las maravillosas escalas —pues los barcos mixtos que mis colegas y yo tomábamos cargaban durante jornadas enteras en puertos españoles y africanos—, la curiosidad intelectual por los fenómenos encarnados y concretos, me vino gracias a mi contacto con São Paulo.

Era una ciudad extraordinaria, en plena transformación, en donde, fácilmente se pasaba del siglo XVIII ibérico al Chicago de los años 80. Los brasileños de cepa se mezclaban con toda clase de elementos alógenos, principalmente italianos, pero también de Europa Central. Puse a mis estudiantes a trabajar sobre su ciudad. Hacíamos monografías de barrios, a veces de calles. Además había también los mercados...

L'Express. En una palabra, ¿usted estaba ya sobre el terreno?

C. Lévi-Strauss. No completamente.

Pero los mercados cabalgaban entre la ciudad y el campo. En los productos del artesanado, uno podía divertirse distinguiendo los aportes europeos, africanos e indígenas. Era un verdadero baño de cultura etnológica. De allí a las regiones poco pobladas del interior, donde vivían algunos grupos indígenas, a decir verdad muy aculturados, no había sino un paso que yo di con ocasión de los viajes a caballo con los colegas, allá donde las carreteras, raras entonces, terminaban.

L'Express. ¿Era turismo o etnología?

C. Lévi-Strauss. Al principio fue turismo, pero que me condujo rápidamente al trabajo etnológico, el cual no tiene nada de turístico sino de cansón y burocrático por muchos aspectos. Sin embargo fue entonces cuando sentí el impacto de una naturaleza todavía no sojuzgada y echada a perder por el hombre.

L'Express. ¿Cómo concilia eso con su amor por São Paulo?

C. Lévi-Strauss. Puede parecer contradictorio, pero las ciudades me han fascinado mucho tiempo como creaciones a la vez humanas e irracionales, o más bien, cuya irracionalidad aparente, compuesta por una multitud de decisiones individuales e independientes disimula un orden que nadie ha deseado conscientemente y del cual sin embargo se pueden conocer sus rodajes.

Al salir de la infancia, me dedicaba con placer a largas caminatas urbanas cuyo recorrido era determinado por el ordenamiento particular de la ciudad, como en Jules Romains, Jallez y Jerphanion. Cuando estaba en el liceo, como todos los buses tenían detrás una plataforma abierta, yo me pegaba a un esconce a la derecha o a la izquierda, para ver simultáneamente desfilar bajo mi mirada un lado de la calle y su reflejo en las vitrinas.

Cuando el bus se acercaba al andén, una calle normal se volvía un callejón cuyas dos orillas parecían juntarse de manera impresionante y cuando él se apartaba, la misma calle se abría como una avenida de una anchura imprevista. Pero esa visión fantástica de la ciudad que yo provocaba de esa manera, no hacía sino enriquecer y transformar otra muy real.

L'Express. Sus primeros trabajos etnológicos fueron sobre la estructura de las relaciones de parentesco. ¿Cómo fue inducido a esto?

C. Lévi-Strauss. Por la lectura, justamente después del armisticio, del libro de Marcel Granet "Categorías matrimoniales y relaciones de proximidad en la China Antigua". El me revelaba un campo de la vida social donde las reglas formuladas de manera rígida pedían una interpretación rigurosa; y al mismo tiempo me parecía que la solución de esos problemas debía ser más sencilla que las complicaciones en las que Granet se encerraba para llegar a interpretarlas.

Nada más arbitrario aparentemente, que esas reglas que prescriben o prohíben casarse con tal o cual tipo de cónyuge. Sin embargo tales reglas existen por todas partes; ellas deben tener una función secreta y común que es necesario hacer inteligible.

Comprendí demasiado tarde que era eso lo que proporcionaba el mayor interés a la etnología: de un lado, un repertorio casi inagotable de enigmas, de mensajes cifrados que se trata de desocultar; y de otro lado, pero difíciles de alcanzar, ciertos principios de inteligibilidad que dan cuenta de absurdos aparentes. Las reglas de parentesco y de matrimonio ofrecen de esto un bello ejemplo.

L'Express. ¿Esas costumbres son las mismas en todas las sociedades?

C. Lévi-Strauss. No, justamente no. En pequeñas sociedades en las que todos los miembros están unidos por los lazos de parentesco real o ficticio, próximo o lejano, son casables solamente ciertos parientes, otros no. Pero no son los mismos aquí y allá. El mundo árabe favorece el matrimonio con la hija del hermano del padre, lo cual parecería abominable a muchas sociedades sin escritura que solamente toman como cónyuges posibles los primos nacidos no de dos hermanos (o de dos hermanas) sino de un hermano y de una hermana.

Y todavía más refinamientos: pues una sociedad únicamente permitirá el matrimonio con la prima hija de la hermana del padre, mientras que otra prohibirá un matrimonio tal como un incesto y no lo autorizará sino con la prima nacida del hermano de la madre. Existen reglas todavía mucho más complicadas.

L'Express. ¿Y se puede explicar por qué?

C. Lévi-Strauss. En aquellas sociedades en las que todos sus miembros se consideran parientes, el parentesco constituye un lenguaje donde se expresa toda la red de derechos y obligaciones. El parentesco es, en suma, el común denominador de la política, del derecho y de la economía.

Marx y Engels lo comprendieron muy bien. Hacen una distinción entre nuestras sociedades llamadas históricas, regidas por relaciones de clase, y aquellas que estudian los etnólogos en donde prevalecen lo que llaman viejos vínculos de consanguinidad.

L'Express. Usted acaba de mencionar a Marx. Los marxistas invocan algunas veces sus trabajos. ¿Qué piensa de esto?

C. Lévi-Strauss. Yo no creo que los marxistas se apoyen en mí, más bien soy yo quien en ciertos aspectos me ha apoyado en Marx.

L'Express. Hubo una época en la que el marxismo marcó su vida.

C. Lévi-Strauss. Y continúa. La idea de que la conciencia social se miente siempre a sí misma y que detrás de la mentira, la verdad se quita el velo por la manera misma como la mentira se afirma, es ya una enseñanza de Marx. Es así también como la ideología de una sociedad cualquiera no llega a comprenderse sino a la luz de relaciones concretas que los hombres de esa sociedad mantienen entre sí y con el mundo donde viven y actúan. Marx, de quien somos deudores de la distinción entre infraestructuras y superestructuras, se ocupó sobre todo de las primeras y no hizo sino bosquejar por momentos la manera como se podrían formular sus relaciones. Es a esa teoría de las superestructuras, a la que Marx más

que todo ha reservado un puesto, sin elaborarla en verdad, a la que yo trato de dar una contribución.

L'Express. ¿Qué papel ha jugado usted en la elucidación de los fenómenos de parentesco?

C. Lévi-Strauss. Ciertamente no el de descubrir su importancia, pues esa fue obra del etnólogo americano Lewis Morgan. Desde entonces, las instrucciones publicadas para el uso de los etnólogos y los manuales de etnología pusieron el acento sobre las reglas del matrimonio y los sistemas de parentesco.

L'Express. Sin embargo usted ha codificado, aún más, sistematizado lo que todavía era muy descriptivo.

C. Lévi-Strauss. En lugar de proponer para cada tipo de regla una explicación particular, busqué un principio de interpretación que los integrara todos y tal que cada uno pudiera aparecer como su aplicación en función de la organización de cada grupo. Ese principio me pareció ser el intercambio: si en razón de la prohibición del incesto, respetado en todas partes del mundo aunque a diversos grados, yo acepto la prohibición de casarme con mi hija o mi hermana, eso significa que la cedo a otros grupos; y que a cambio de esa renunciación los grupos (no necesariamente los mismos) me destinarán como esposas posibles a sus hijas o a sus hermanas. Ese intercambio que implica familias o grupos más amplios que ellos, lo que llamamos clanes o familias, puede hacerse entre dos o entre varios. Puede ser recíproco si se le da al grupo del cual se recibe, o indirecto si cada grupo da a otro y recibe de un tercero. En fin, puede llevarse a cabo según ciclos largos y cortos, pues las sociedades conocen el intercambio a inmediato, medio y largo plazo. El análisis de esas diversas posibilidades lógicas permite volver a encontrar por vía deductiva todas las reglas raras de las que hablé y que entonces se revelan racionales.

L'Express. ¿Cómo así?

C. Lévi-Strauss. Si el grupo A da constantemente a B, quién da a C, quién da a D, etc., quién da a N, el cual a su turno da a A; una simulación muy sencilla de un sistema semejante muestra que para un hombre el cónyuge ideal será siempre la hija del hermano de la madre. Pero si el sentido de esos intercambios se invierte en cada generación, es entonces la hija de la hermana del padre quien representará el ideal del cónyuge preferido, porque en ese caso cada grupo recibirá de su deudor como esposa una mujer que compense aquella que él había cedido una generación antes.

L'Express. Usted se sirvió también de la lingüística para construir su método.

C. Lévi-Strauss. Me inspiré en la lingüística, pero tratándose de un campo muy diferente, adaptaba y modificaba libremente sus nociones cada vez que era necesario. El encuentro con Roman Jakobson en 1941 me reveló que lo que yo trataba de hacer sobre el parentesco había sido logrado en su especialidad por los lingüistas. Lo cual me enseñó mucho.

Se dijo una vez en las columnas de *L'Express*, que un seminario de Jakobson, escuchado casualmente, hizo de mí un neófito un poco ingenuo. Esto no es exacto. Durante nuestros años de exilio en los Estados Unidos, Jakobson y yo vivimos muy juntos. Asistíamos a nuestros respectivos cursos, frecuentemente nos veíamos y cuántos restaurantes chinos, griegos, armenios no visitamos juntos.

L'Express. ¿Cómo se inserta aquí Marcel Mauss, del cual usted mismo subrayó el papel de precursor?

C. Lévi-Strauss. Es Mauss quien ha demostrado el papel general del intercambio en la vida de las sociedades. Pero llegado tarde a la etnología, poco lo

conocí y jamás asistí a sus cursos. No comprendí sino leyéndolo, la deuda que la etnología y yo mismo habíamos contraído respecto a él.

Tal vez, por otra parte, sobre el plano práctico y por culpa mía su influencia indirecta haya sido menos benéfica para mí. Cuando preparaba mis principales misiones al Brasil, el Museo del Hombre estaba en formación y Mauss le había destilado una verdadera mística por el objeto. No sin razón él pensaba que el menor objeto, si se sabía convenientemente leerlo, reflejaba como un microcosmos toda la economía natural y moral de una sociedad.

Sobre el terreno, intimidado por esas consignas, consagré a la recolección, al estudio y a la descripción de objetos y sus técnicas de fabricación un tiempo que hoy lamento haber sustraído a las creencias y a las instituciones.

L'Express. ¿De sus investigaciones, usted sacó implicaciones sobre relaciones de parentesco en nuestra sociedad?

C. Lévi-Strauss. En la mayor parte de sociedades sin escritura estamos en presencia de sistemas bien o suficientemente determinados. No sucede lo mismo entre nosotros donde bajo reservas de prohibiciones de matrimonio entre parientes cercanos, todas las uniones son lícitas; dicho de otra manera, nuestra sociedad se remite a un juego estático para asegurar la mezcolanza de las familias biológicas, a falta del cual el cuerpo social correría el riesgo de dividirse.

Pero eso no significa que sin que nos demos cuenta, esbozos de sistemas no tiendan a formarse al menos en los sectores rurales o urbanos donde los demógrafos descubren un cierto coeficiente de endogamia. Después de la publicación de las "Estructuras Elementales de Parentesco", esperaba adelantar la investigación por ese camino. Pronto renuncié a ella.

L'Express. ¿Por qué razones?

C. Lévi-Strauss. Porque los problemas se vuelven rápidamente tan complicados que el etnólogo pierde la esperanza de resolverlos, armado de sus pequeñas técnicas artesanales. Por otra parte, fui llamado en 1950 a la Escuela de Altos Estudios para ocupar una cátedra consagrada al estudio comparado de las religiones de los pueblos sin escritura.

Era entonces normal que mis intereses se desviasen y tratara de extender a los hechos religiosos los mismos pasos que se me habían revelado como fecundos para el estudio de los hechos de parentesco.

L'Express. ¿Cómo hizo?

C. Lévi-Strauss. La situación al comienzo no es muy diferente aquí y allá. Las religiones primitivas se presentan como un enorme depósito de representaciones que se arreglan bajo forma de ritos y mitos en combinaciones variadas y que a primera vista parecen totalmente arbitrarias. Estamos confrontados a lo que nos aparece como un inmenso caos de costumbres y creencias. La pregunta que surge es la de saber si detrás de todo eso existe algo que se parezca a un orden o a una coherencia.

Ahora bien, partiendo de los mitos de las poblaciones del Brasil central en donde había vivido y que había estudiado, creí darme cuenta que si cada mito tomado aparte tiene el aspecto de un relato extraño y del que toda lógica está ausente, existen entre esos mitos relaciones más sencillas y más inteligibles que no son las historias que de cada uno de ellos se cuenta.

Pero mientras el pensamiento filosófico o científico razona ordenando y oponiendo conceptos, el pensamiento mítico procede por medio de imágenes sacadas del mundo sensible. En lugar de formular relaciones en lo abstracto, éste opone el cielo y la tierra, la tierra y el agua, el hombre y la mujer, la luz y la oscuridad, lo crudo y lo cocido, lo fresco y lo podrido. Elabora de esta manera una lógica de

cualidades sensibles que escoge y cambia para transmitir en cada mito un mensaje diferente.

L'Express. ¿Qué mitos particularmente ilustrativos estudió?

C. Lévi-Strauss. Cuando aparezca en algunos meses el cuarto y último volumen de mi obra consagrada a la mitología americana, cerca de un millar de mitos se encontrarán articulados para formar conjuntamente lo que yo creo un discurso único y coherente.

No es este el momento de rehacer ese trayecto, pero veamos un ejemplo. Dos amantes incestuosos no logran unirse sino en la muerte, donde sus dos cuerpos se fundirán en un ser único; es la historia que aceptamos pronto porque nuestra tradición, aquella de la novela de *Tristán e Isolda* y de la ópera de Wagner nos la ha hecho familiar.

No sería lo mismo para otra historia, testimoniada igualmente en América del Norte, en donde en el instante de su nacimiento una abuela une un hermano a una hermana formando así un único niño, el cual cuando haya crecido tirará verticalmente una flecha. Recayendo sobre él, la flecha lo dividirá en dos y reconstruirá la dualidad hermano-hermana, que se apresuran a convertirse en amantes incestuosos.

Esta segunda historia no tiene como se dice ni pies ni cabeza. Y sin embargo basta compararla con la otra para constatar que ésta la cuenta sencillamente al revés. ¿No tendríamos pues aquí y allá sino un mismo mito? No lo dudaríamos cuando avanzando más se observa que el primer relato explica el origen de una constelación —en que se transforman los amantes incestuosos— y el segundo el origen de las manchas del sol: sea en un caso, el de las manchas claras sobre un fondo oscuro, y en el otro caso el de las manchas oscuras sobre un fondo claro. Para dar cuenta de configuraciones celestes invertidas se cuenta entonces la misma historia pero presentada “al derecho” o “al revés”.

El resultado de un análisis semejante es que allí donde parecía haber dos mitos completamente distintos, ahora no hay sino uno solo. Se procede así poco a poco, y en lugar de una multitud de objetos sin significado, desparramados en desorden, se obtienen objetos menos numerosos pero más densos, y cada uno de los cuales lleva en sí su razón.

L'Express. ¿Puede darnos otros ejemplos de mitos?

C. Lévi-Strauss. Los pueblos de lengua salish que vivían en América del Norte entre las Rocosas y el Océano Pacífico, hacia el paralelo 50, hablan con frecuencia de un demiurgo engañoso, quien cada vez que se encontraba en una situación embarazosa excretaba sus dos hermanas aprisionadas en sus entrañas y les exigía un consejo bajo amenaza de una lluvia diluviana que las desintegraría puesto que tenían naturaleza de excrementos.

Parece tratarse de una farsa bufona y gratuita que desafía la interpretación, a no ser dirán algunos, por las vías sicoanalíticas. Pero esto no conduciría a gran cosa, por la simple razón de que quienes cuentan esa historia no lo hacen a causa de su configuración síquica individual.

Como en el caso precedente, se preguntará si el aparente absurdo del motivo no proviene de que lo aislamos arbitrariamente de un conjunto más vasto en cuyo seno representaría una combinación posible entre otras igualmente realizadas, de modo que el sentido no se desprendería del nivel de cada uno por separado sino de su puesta en relación.

Ahora bien, en los mitos saish, el mismo demiurgo fabrica dos hijas adoptivas a partir de lechas de salmón crudo, cuando grandes las desea, y para tantear el terreno, finge equivocarse llamándolas “mis mujeres” en lugar de “mis hijas”. Ofen-

didas por esto, lo abandonan. Finalmente los salish conocen una tercera pareja de mujeres sobrenaturales, esposas éstas e incapaces de expresarse con lenguaje articulado, que viven en el fondo de pozos naturales y cuando se les interroga envían a la superficie platos de alimento caliente y bien cocinado.

Imposible comprender por separado estos tres motivos. Por el contrario cuando se relacionan se aprecia su parentesco. Todas las mujeres tienen una relación con el agua, ya sea estancada —para las esposas del pozo—, ya sea corriente —para las otras dos parejas. Estas se distinguen en el sentido de que las hijas-lechas provienen de una agua terrestre positiva— los ríos que frecuentan los salmones —y las hermanas-excrementos amenazadas de destrucción por una agua celeste negativa— la lluvia que las desintegrárá.

Esto no es todo; las hijas-lechas y las hermanas-excrementos son productos del alimento crudo en un caso, cocido en el otro, mientras que las esposas en el pozo son productoras de alimento cocinado.

Continuemos. Las mujeres de los pozos son, si así puede decirse, criaturas conyugales en cuanto esposas y buenas cocineras. Las otras dos parejas son “no conyugales” ya sea como hermanas, sea porque ellas se niegan al matrimonio incestuoso que proyecta su padre adoptivo. En fin, dos parejas de mujeres están dotadas de relación lingüística, las unas porque son consejeras juiciosas, las otras porque en media palabra comprenden una alusión torpe. Ellas contrastan así con la tercera pareja, aquella de las esposas del pozo incapaces de hablar.

De tres anécdotas desprovistas de sentido, se saca un sistema de oposiciones pertinentes: agua corriente o estancada, —terrestre o celeste—, mujeres producidas por el alimento o que lo producen; alimento crudo o cocido; mujeres dóciles o rebeldes al matrimonio en función de conductas lingüísticas o no lingüísticas. Se obtiene entonces lo que llamaré “un campo semántico” aplicable a la manera de una reja al conjunto de mitos de esas poblaciones y propio para hacernos comprender su significado.

L'Express. ¿Es decir?

C. Lévi-Strauss. Se comprende que los mitos salish le dan forma a un sistema sociológico, económico y cosmológico en el que se establecen múltiples correspondencias entre la repartición de peces en la red hidrográfica, las ferias y los mercados donde se intercambian los productos, su periodicidad en el tiempo y la de la época de pesca, y finalmente la exogamia: porque las mujeres se intercambian entre los grupos como los alimentos, y los mitos hacen del goce de una alimentación variada una función de apertura hacia afuera de cada pequeña sociedad según que esas diversas sociedades estén más o menos dispuestas a practicar los intercambios matrimoniales, a comunicarse mutuamente.

L'Express. ¿Puede decirse entonces que con el nivel técnico y económico de las sociedades, los mitos se trasponen? ¿Cómo?

C. Lévi-Strauss. Los mitos a los cuales acabo de aludir, son los mismos que en América del Sur, sirven para dar cuenta del paso de la naturaleza a la cultura simbolizada por la adquisición del fuego de cocina en beneficio de la humanidad. Pero en poblaciones norteamericanas que practicaban en vastísima escala los intercambios intertribales, la abundancia de imágenes míticas pone el acento sobre este aspecto que constituye a sus ojos la característica distintiva de la vida civilizada. El acceso a la cultura no está significado ya por el sencillo arte de cocinar la carne, sino por la instalación del comercio.

L'Express. ¿Usted dedicó en otro tiempo un estudio al mito de Papá Noel?

C. Lévi-Strauss. Es mucho hablar de un texto excesivamente ligero sobre una mitología cuya aparición es reciente en nuestra sociedad. Pero precisamente me

esforcé por mostrar que la fiesta de Navidad ilustra un modo ilusorio de vida social donde las reglas del intercambio se encontrarían suspendidas, y donde los niños aparecerían como los símbolos de una humanidad que tendría el derecho de recibir sin dar nada en cambio.

L'Express. Todos los trabajos tratan de sociedades extinguidas o en vía de desaparición. Al escucharlo deseamos preguntarle ¿para qué pueden servirnos hoy?

C. Lévi-Strauss. Su pregunta tiene varias respuestas.

En primer lugar los millares de sociedades humanas que existen o han existido constituyen otras tantas experiencias realizadas, las únicas de que podemos disponer para formular y verificar nuestras hipótesis, puesto que somos incapaces de aumentar y repetir experiencias en laboratorios como lo hacen nuestros colegas de ciencias físicas y naturales. Estas experiencias ofrecen uno de los medios más seguros para comprender lo que sucede en el espíritu de los hombres y cómo él trabaja. Allí está la utilidad de la etnología y lo que nosotros podemos esperar de ella a largo plazo.

L'Express. ¿Y en un plazo más corto?

C. Lévi-Strauss. Aún en nuestras sociedades históricas existen islotes de fenómenos a los cuales se pueden aplicar los mismos métodos.

Por ejemplo, ciertos aspectos de la vida local. Desde hace cuatro años, un equipo de mi laboratorio adelanta por encuesta directa el estudio de un pueblo de Borgoña.

Agregaría ciertos dominios en donde los factores de conversación, de creación y producción son imperfectamente engranados sobre los imperativos conscientes de la vida colectiva, tales como el arte, la moda, las costumbres alimenticias... Por la independencia relativa de la que gozan estos menudos campos, pueden a la manera de espejos de aumento revelar aspectos muy significativos y muy profundos de nuestra cultura.

En fin, y esto sólo bastaría para justificarla, la etnología es apta para inspirarnos una cierta modestia.

Los etnólogos están allí para atestiguar que la manera como vivimos no es la única posible, que otras permitieron y permiten todavía a grupos humanos encontrar la felicidad. La etnología nos invita a templar nuestra vanidad, a respetar otros géneros de vida. Agrego que las sociedades estudiadas por los etnólogos proporcionan lecciones tanto más dignas de escucharse cuanto que estas sociedades supieron realizar entre el hombre y el medio natural un equilibrio cuyo sentido y secreto hemos perdido.

L'Express. ¿Pero cómo volver a encontrar ese equilibrio? Porque nuestro mundo va hacia algo totalmente diferente de lo que usted estudia.

C. Lévi-Strauss. Nuestro mundo marcha tal vez hacia un cataclismo, o una guerra atómica que exterminará tres cuartas partes de la humanidad. El cuarto restante reencontrará condiciones de existencia no muy diferentes de aquellas sociedades que estudiamos. Pero aún descartando esta hipótesis se puede preguntar si nuestras sociedades que se vuelven cada vez más enormes independientemente, y semejantes las unas a las otras, no tiendan a recrear en su propio seno diferencias situadas por encima de otros ejes que aquellos en los que se desarrollan las similitudes. Los diversos movimientos hippies, las rupturas entre las generaciones, el trastorno de las costumbres, podrían ofrecer índices de que las sociedades evolucionan de esa manera.

L'Express. ¿Dentro de esa diversificación cuál sería o podría ser según usted el papel de lo que se llama los mass-media?

C. Lévi-Strauss. Se acentúa demasiado, me parece, su papel nivelador sin tener en cuenta que permiten a los grupos sociales o a las generaciones formarse rápidamente una cultura particular. Mientras que una cultura tradicional se filtra lentamente de una generación a la siguiente en el seno del grupo familiar, cada nueva generación encuentra instantáneamente a su disposición —por el periódico, el disco, la televisión—, una profusión de elementos dispares en donde puede hacer una elección y disponerlos en combinaciones originales distinguiéndose de sus mayores.

L'Express. ¿Se puede pretender que la etnología llegue un día a renovar nuestro conocimiento del hombre, a volverlo más abierto, más "humano"?

C. Lévi-Strauss. Me gustaría. Pero no me atrevo a esperarlo.

L'Express. ¿Por qué?

C. Lévi-Strauss. Augusto Comte formuló una ley de los tres estados según la cual la humanidad pasó por estadios sucesivos: religioso, filosófico y positivo o científico. Quizás la etnología nos enseñe algo del mismo tipo aunque el contenido y el significado de cada estado concebible difiera de lo que imaginaba Comte.

Sabemos hoy que los pueblos juzgados muy primitivos que ignoran la agricultura y la ganadería, que viven de la cosecha y la recolección no son de ninguna manera atenazados a lo largo del día por la angustia de morir de hambre y la preocupación de sobrevivir. Su pequeño efectivo demográfico, su conocimiento prodigioso de las fuentes naturales les permiten gozar de lo que vacilamos sin duda en llamar abundancia. Sea lo que sea, tres o cuatro horas de trabajo diario son suficientes para asegurar la subsistencia de cada familia.

Sería falso creerlas en contienda directa con las imposiciones del medio natural. Por el contrario su libertad e independencia les permiten hacer un amplio sitio a lo imaginario, interponer entre ellos y el mundo exterior toda clase de amortiguadores hechos de creencias y de sueños.

Admitimos que durante centenas de milenarios la humanidad haya vivido en un estado comparable. Diremos entonces que salió lentamente de él para embragarse cada vez más estrechamente en lo real. Pero aun en la época descrita por Marx esa conexión se producía indirectamente por relevos donde la ideología jugaba su papel. Los medios de producción y de cambio ya determinantes, eran todavía el resultado de la acción de los hombres, a medio-camino entre la necesidad y la libertad.

Muy distinto es en el mundo en el que penetramos en la actualidad, mundo en donde la humanidad se encuentra enfrentada a determinismos más abruptos y más duros: aquellos que resultan de su efectivo demográfico, de la cantidad limitada de espacio libre, de aire puro, de agua no contaminada, de que dispone para asegurar sus necesidades biológicas y síquicas.

L'Express. ¿La realización de esa tercera fase está ligada al progreso científico?

C. Lévi-Strauss. Es evidente en el plano material, pero también lo es en el plano moral. Pues, debido al hecho del primado indiscutible del conocimiento científico, un divorcio se produce entre los datos de la sensibilidad, que no tienen valor significativo fuera de las informaciones rudimentarias que nos suministran sobre nuestra integridad orgánica, y un pensamiento abstracto al nivel del cual se condensan todas nuestras pretensiones de inteligibilidad. Nada más diferente de los pretendidos "primitivos" para quienes cada color, cada perfume, cada sabor tiene un sentido.

L'Express. ¿Y el arte?

C. Lévi-Strauss. Mire, el arte, ciertamente. Pero éste es de todas maneras un dominio muy reducido en comparación con una visión del mundo donde la naturaleza entera sabía hablar al hombre.

L'Express. ¿Debemos entender que usted está contra el conocimiento científico?

C. Lévi-Strauss. De ninguna manera. Es claro que la ciencia representa un tipo de conocimiento que goza de una prioridad absoluta. Y yo mismo me esfuerzo por hacer ciencia. Pero no puedo impedir el pensar que la ciencia sería más amable si no sirviera para nada. En lo que denominamos progreso, hay un 90% de esfuerzos para remediar los inconvenientes ligados a las ventajas que nos procura el 10% restante.

L'Express. ¿Piensa usted que la Historia está desprovista de sentido?

C. Lévi-Strauss. Si ella tiene un sentido, no es bueno. Pues la humanidad no hace su historia en el sentido de asegurar su felicidad.

L'Express. ¿Qué debería hacer ella para encontrarla?

C. Lévi-Strauss. Un día cuando frente a un eminente colega geógrafo, evocaba la época en la que Francia contaba 25 millones de habitantes me interrumpió diciendo : "es un lujo que no podemos permitirnos". Esa réplica me pareció sinapelación. Lujo inaudito en efecto, pues el único problema verdadero que se plantea a la humanidad es el de la explosión demográfica. Todo el resto de males que padecemos resultan de ahí.

Pero imaginar que inspiradas por una sabiduría suprema las naciones sabrían un día concertarse para restringir sus poblaciones y manejar los progresos técnicos ya adquiridos para establecer un nivel medio y suficiente de vida, es una utopía que Gobineau ya había acariciado para reconocerla irrealizable.

L'Express. ¿No es muy "reaccionario" lo que usted dice?

C. Lévi-Strauss. Los términos "reaccionario" o "revolucionario" no tienen sentido sino en relación con los conflictos que enfrentan mutuamente a los hombres. Ahora bien, el mayor peligro para la humanidad no proviene de las empresas de un régimen, de un partido, de un grupo o de una clase. Proviene de la humanidad misma en su conjunto que se revela como su peor enemigo al mismo tiempo que del resto de la creación. Es de eso sobre todo que es necesario convencerla si se espera poder salvarla.

L'Express N° 1027 — 15-21 marzo 1971
Traducción de: VÍCTOR FLORIÁN